

cuatro en latin: *¡Ad majorem Dei gloriam!* Esta era una voz sonora, que fué oída así por el odio como por el amor; esa voz que se cernía en las alturas á que puede subir la voz del alma purificada; que subía como una nube de abrasador incienso hácia el trono celestial, pero quedaba también en el nivel de la tierra, porque esas cuatro palabras latinas, traducidas á la lengua universal de Cristo, significan: *¡A la mayor dicha de los hombres!*

Esta era la verdad, toda la verdad sobre lo que puede hacerse aquí bajo en favor del género humano; porque la mayor gloria de Dios no es sino el más rico y más superabundante rescate de la condenacion de los hombres.

¡Cuándo se comprenderá, pues, que servir á Dios, en el pensamiento mismo de Dios, nuestro amigo de arriba, *amator noster*, es contribuir cada uno á medida de su poder, á la obra maestra de Dios, que es la redencion de los hombres! No se sirve á Dios en beneficio de Dios; pues nada se puede añadir á lo que Dios posee, que es Todo.

No se defiende precisamente á la Iglesia, que es imperecedera; no se defiende solo la causa

de los Jesuitas, que *tienen derecho* á la persecucion, necesaria por el pacto mismo de su institucion.

Lo que se sirve, lo que se defiende y por lo que se aboga es el mayor bien de los hombres en Dios.

IV.

Podrá parecer que hablo con cierta elevacion, pero es porque traduzco bien ó mal elevados pensamientos que distan mucho de pertenecerme. Necesito ahora descender del cielo y tocar á la tierra para decir en algunas palabras el plan de este libro, que será como el prólogo de un trabajo de más importancia, cuyos materiales tengo reunidos.

En la cuenta corriente que compara segun el *debe* y el *haber* los humildes elementos de mi vida, me encuentro deudor de este trabajo respecto á un acreedor que es *mi conversion*. Lo he dicho y lo repito: la desvergüenza de la calumnia dirigida contra los Jesuitas, me ha hecho un gran bien, abriéndome los ojos por lo ménos en las horas de vacilacion, respecto á la buena fé de los enemigos de Dios.



esto me agradaba entonces, pues yo despreciaba á mi prójimo en vez de amarle y respetarle; mi única ambicion era llegar en este camino torcido más léjos que nadie. No me conmovieron los golpes de maza, nada de eso; queria asestarlos todavia más fuertes; lo que me detuvo fué, como siempre, me complazco en confesarlo ahora por vía de penitencia, el poco digno papel que tendria que representar en la comedia.

Yo que me habia tragado sin pestañear mentiras tan grandes como una casa, falsos testimonios de inmoralidad, de asesinato, de ferocidad, de ignorancia y hasta de herejía, me detuve estupefacto como Robinson cuando encontró la huella de la planta de un hombre en la arena de su isla desierta, al leer ciertas palabritas al pié de la nona *Provincial* de Pascal.

Me acuerdo de esto como si fuese ahora. En esta famosa carta-novena tan llena de tergiversaciones, de textos truncados, interpolados y hasta falsificados, la emprende Pascal con los libros de *devocion fácil* de los Padres Binet y Barry; carta muy *espiritual*, aunque algo pesada y saturada de perfidia y de sinceridad aparente.

Hay en ella sobra de franqueza; no hay más que ver. En tratándose de buena fé, Pascal no bromea nunca; en este punto es más rígido que Voltaire.

Pero habia un *post-scriptum* que decia sencillamente: *Despues de escrita mi carta, he leído á los Padres Barry y Binet.....*

Al principio no me fijé en esta postdata, y es natural; Robinson tuvo que pararse á reflexionar para que una simple huella de un dedo de pié humano llegara á producirle sudores angustiosos.

Iba á pasar adelante cuando sobrevino la reflexion, y me fijé en la preciosa candidez de la frase: *DESPUES DE ESCRITA MI CARTA, HE LEIDO Á LOS PADRES BARRY Y BINET.....*

Direis que esto no era nada; ¡ah! estamos conformes. ¡Nada! ¡ménos que nada! Cuando más, la distraccion de un corazon honrado, metido en un sendero vergonzoso y mostrando por descuido la punta de la oreja de su natural probidad.

Y sin embargo, á pesar mio, volví á leer la frase, que me pareció entonces impresa con enormes caracteres: *DESPUES DE ESCRITA MI CARTA, HE LEIDO Á LOS PADRES BAR-*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO



RY Y BINET..... Y para mí el libro de Pascal, colección completa de los escamoteos jansenistas, se rió como un loco.

¿Tengo yo la culpa de que las picardigüelas de este género me hieran más vivamente que las villanías gordas? Nadie se puede desprender de su natural. Este adorable *post-scriptum* prendió fuego á todos los demás *documentos*, que ardieron por fin francamente sobre mi mesa, despues de haber sentido durante tanto tiempo el calor de la vergüenza.

¡Pascal! ¡el gran Pascal, el Pascal de los *Pensamientos*, habia desollado á tientas á aquellos infelices Padres Barry y Binet; él mismo lo decia en un *post-scriptum* sin ningun remordimiento y como con cierta satisfaccion de haberlo hecho!

¡Pascal, que ha escrito tan magníficas páginas sobre la muerte, jactándose en un *post-scriptum* de haber ahorcado, siendo juez, á un reo, reservándose interrogarlo despues de ahorcado!

Creedme: amaba mucho á Pascal ántes de esto; pero el mencionado *post-scriptum* le daba derechos á mi eterno reconocimiento; así es, que me lo represento sentado sobre el cadá-

ver del Jesuita fantástico á quien asesinó, como uno de los instrumentos que más contribuyeron á abrirme los ojos respecto de la Compañía de Jesús, y á que yo recibiera esta luz que fué, gracias á Dios, el preludio de mi amada conversion.

En efecto, nadie pondrá en duda que Pascal es, no solamente el más grande, el más cristiano y el más elocuente, sino tambien el más agudo, el más duro y más encarnizado enemigo de los Jesuitas; y sin ofender el talento de sus verdugos más modernos, que han llevado hasta el asesinato la brillante crueldad de las *Provinciales*, se puede afirmar que desde Pascal no se ha dicho contra los Jesuitas nada que Pascal no hubiese dicho ya mucho mejor. Pues bien; para un espíritu algo perezoso y obtuso como lo es el mio, accesible únicamente á las bagatelas, ¿no era providencial ver á Pascal tomarse el cuidado de añadir un *post-scriptum* á su novena-carta, que podia pasar muy bien sin él, pintiparado para darme una palmadita en el hombro y decirme con encantadora simplicidad: «Mira cómo trabajo con mis legajos: yo, la mejor conciencia de esta córte prebostal instituida para es-



terminar á los Jesuitas, empiezo por picar á mi hombre como si fuera á hacer albóndigas, que es lo principal, dejando para luego el hojear sus papeles; de esta manera no se pierde tiempo.»

Ciertamente que no se habrá dado ni se dará nunca una demostracion más graciosa, ni más convincente, de la inutilidad de cuantos esfuerzos se hagan para convencer á los que cierran los ojos y se tapan las orejas.

No se ha probado lo bastante que Pascal hubiese adivinado la geometría, como refiere cierta leyenda jansenista, por sí solo y sin haber abierto á Euclides; pues sabido es, que el libro de Euclides se encontraba en la biblioteca del padre de Pascal; pero si está bien probado que Pascal fabricaba y armaba y ponía en movimiento, segun él mismo se jacta de ello, los molinos de viento á que daba el nombre de Jesuitas, para cerrar despues con ellos á plumazos. Hacíalos ó los recibia hechos de manos de algun Nicole ó de algun Arnault; con su amarga y doliente fantasía perfeccionaba la caricatura medianamente bosquejada por este Arnault ó Nicole, la cubria con el hermoso traje de su estilo, y todo el ardor de la

fiebre que le mató, tan grande, tan jóven y tan desgraciado, conducia al doloroso resultado de convertirlo en instrumento—¡instrumento de oro!—en la mano desleal de la herejía.

Compadezco á Pascal más que á ningun otro hombre, porque le admiro con ternura; pero no admitiré la excusa de los que me digan: «Importa poco que se lea antes ó despues, con tal que se lea.» Los que *leen despues* tienen ya tomado su partido, y no buscan la verdad sino más bien una salida, para dar á su opinion apariencias de verdad.

Los que *leen despues* entran resueltamente en la categoría de los sordos que no quieren oír, que son los peores. Por mi parte los considero tanto más sospechosos, cuanto que la fortuna popular de sus alegatos estriba en lo paradógico de la causa que han escogido. Sucédales esto con premeditacion ó sin ella, es lo cierto que los tales se casan con su obra gracias á la facilidad incomparable del éxito. Allá van; no espereis que se detengan nunca: el error es para ellos demasiado cómodo y lucrativo.

No aguardeis tampoco que retrocedan jamás



ante lo grosero de ciertos medios; que hasta lo burdo de sus mentiras es agradable á la glotonería de sus clientes. Estos convidados necesitan tajadas y vasos grandes; razon por la cual nada es tan resbaladizo como la costumbre de verter sofismas, si no es el hábito de tragárselos. Es ley matemática, que la audacia de la calumnia no puede rivalizar nunca con las proezas de la credulidad.

Así es que siempre y necesariamente hay una calentura maligna peor que la de los taberneros de embustes; es la calentura de los borrachos que los consumen. Son dos erupciones cutáneas que se exasperan mutuamente: el sarampion del profesor, la escarlatina de los estudiantes.

Ahora bien, ¿sabeis lo que pueden dar estos estudiantes de taberna á sus doctores? Pueden darles el dinero que á ellos tambien les hace falta, el éxito que aquellos nunca alcanzarían, y hasta la gloria, sí, la gloria, no obstante ser tan oscuros y vivir á cien piés debajo de la tierra. Son el número; no pueden nada para sí mismos, y lo pueden todo para el bodegonero que los achispa, para el acróbata que hace mil contorsiones dejándoles con la

boca abierta, para el charlatan que les da vaya. Y supongo que no esperareis que el profesor, el bodegonero ó el funámbulo vayan á dejar su modo de ganar el pan, de ganar votos ó de ganar gloria, para correr en pos de la verdad que no da ni votos, ni gloria, ni pan. Teneis razon: no espereis tal cosa: seria ir contra la naturaleza.

No espereis sino en Dios, pero rogadle tranquilamente. Pronto hará diez y nueve siglos que dura esta industria del error siempre triunfante y siempre moribundo, transformándose, es cierto, en un error nuevo, mientras que la verdad permanece inmóvil, siempre la misma, porque no hay sino una sola verdad contra millares de errores.

Pero basta. Roguemos tranquilos, pues; aunque mil errores se multipliquen por otros mil; los errores pasan y nuestra única verdad es eterna.

## V.

¿Para quién voy, por consiguiente, á escribir?

Voy á escribir para los que todavía no tie-



nen formada su opinion, para los jóvenes, para la gente de mundo y tambien para los frívolos como yo, que fluctúan, como yo estuve fluctuando mucho tiempo, en una irresolucion llena de indiferencia entre el error que no conocen bien, y la verdad que no les interesa conocer.

Ignoro si será leído, pero lo espero.

Para algunos, mis libros malos de otros tiempos servirán de pasaporte á este libro de hoy, que será bueno. La malevolencia despertará la curiosidad de otros; porque ciertos escritorzuelos me acusan de haber emprendido una especulacion al convertirme á Dios..... ¡Y cuánta razon tienen, Dios mio! ¡Qué inmensa fortuna he conquistado de un golpe al anonadarme á vuestros piés! Pero no quiero entonar ahora el cántico de accion de gracias que rebosa en mi corazon. Seria tarea muy larga, y no dispongo sino de algunas líneas para indicar el objeto de mi trabajo. No diré más sino que esta inculpacion lanzada contra mi honra, es una fortuna; me procurará lectores.

¿No es á la verdad cosa chocante y divertida, ver á una persona decente descender, aunque un poco tarde, hasta el fondo de la indus-

tria de los hipócritas? Cuento con esto, y por eso me apresuro á forjar estos agujones y agujonear con ellos mientras hay calor.

Este libro será, á ménos que la ejecucion no corresponda al pensamiento, el boceto, trazado en ancha escala, de mi gran cuadro, *La Historia general de los Jesuitas*, que terminaré si Dios me da fuerzas y vida. Necesito fijar de antemano las líneas principales y las perspectivas. Mi trabajo actual será, pues, solo un bosquejo hecho con lápiz, ó para hablar sin metáforas, un resúmen ligero, pues que ha de reducirse á un volúmen. Pero en este estudio hecho en globo, me propongo hacer resaltar ciertos hechos capitales: justamente aquellos que han servido principalmente de tema á los calumniadores, y que forman, por decirlo así, la leyenda de la calumnia.

La admiracion que acompaña al título de mi obra, indica el propósito de dar alguna importancia á la perpétua injuria con que el ódio, desde hace trescientos años, aplasta y mata algunas veces á la Compañía de Jesús, que resucita siempre; me ha parecido oportuno elegir los más ruidosos entre los *crímenes* de estos eternos acusados, para exponerlos en



lante de Dios y su significacion en la historia.» (1).

¿Qué lucha? La lucha de la autoridad contra la rebelion, de la libertad contra la opresion, del órden contra el desórden, del bien contra el mal: la verdadera, la grande, la única lucha.

Sé por otra parte, que esta lucha no es en la actualidad ménos general ni ménos desesperada que en el siglo XVI. Ahora como entonces se vé amenazada no solo la Iglesia sino la sociedad en general, y ciertamente, si comparamos ambas épocas, veremos que nuestro tiempo está mucho más enfermo, desde el punto de vista religioso y social, que el siglo de Lutero y de Calvino.

Sé que nuestra pátria tiene en la actualidad dos apremiantes necesidades, dos necesidades de vida ó muerte: necesidad de aprender la obediencia que gana las batallas, y necesidad de volver á Dios, de quien nos hemos olvidado y que es la misma victoria.

Tengo á la vista el libro de oro en que el

(1) Mgr. Freppel. *Études religieuses, historiques et littéraires.*

Padre Emilio Chaveau enumera los alumnos de la escuela de Santa Genoveva muertos al frente del enemigo en nuestros últimos desastres. Comparando el número de las víctimas, mejor dicho, de los elegidos, con el total de los alumnos, resulta una desproporcion verdaderamente gloriosa. Todo el mundo lo ha observado, y yo me complazco en hacerlo notar despues de todo el mundo.

Se dirá: «Es una casualidad.» No: la casualidad no existe. «Entonces es la suerte.....» ¡Ah! sí, ciertamente, la suerte y la gracia de Dios; pero estad seguros que esta clase de suerte es de las que no se deben aguardar durmiendo. No la consiguen más que los corazones que la buscan.

Sé tambien que si nuestro país muere, morirá de estas dos enfermedades: la falta de religion, y la falta de disciplina; y de un tercer mal íntimamente relacionado con estos dos: la falta de abnegacion.

Somos *positivos*, y la abnegacion no es un negocio; somos escépticos, y la abnegacion se alimenta de fé; somos joviales, imperturbablemente joviales, hasta el fanatismo del aburrimiento, y la abnegacion, yo os lo aseguro,



no divertiría á ninguno de la comparsa de arlequines que exhalan la doble asfixia del lujo y de la miseria en la espesa atmósfera de nuestros salones de baile.

Sé todo esto, y por eso me propongo referir la historia de los que viven en religion sometidos á una disciplina absoluta, y dando ejemplo de una abnegacion sin límites; y lo hago con el intento de merecer de esta suerte la gran felicidad y la gran honra de perder mi nombre en el oleaje de los ódios, que aullando estienden la gloria de este título que horroriza á los enemigos de Dios, porque contiene el nombre de Dios: ¡JESUITAS!

#### EL PRIMER VOTO.

Antes de amanecer el día de la Asuncion del año 1534, un cojo que á pesar de su enfermedad andaba con paso fuerte y acelerado, descendia por la gran calle de Santiago al barrio de la Universidad; vestia el traje de los estudiantes pobres, aunque aparentaba haber llegado por los años á la mitad de su vida, pero en vez del tintero que llevaban de ordinario los de su oficio, no tenia otra cosa al lado que su rosario. Una gruesa cuerda nueva pasada por encima de su viejísima capa sostenia un morral de tela, arma escelente para andar de noche por París, mejor aún que la espada ó el palo, porque los rateros nunca saltan á los mendigos.

En el momento que costea nuestro estudiante el pretil del puente desierto, dieron las tres de la mañana en el reló de la Santa Capilla.

Aquel torció los ojos hácia lo alto del Sena,